

DOCUMENTO DE TRABAJO

Economía y ecología: los problemas políticos

JESÚS ALBARRACÍN

Durante los últimos tiempos, algunos economistas marxistas y algunos ecologistas hemos dado muestras de una enorme incomprendición mutua, a pesar de que todos estábamos comprometidos en la misma lucha emancipadora. Los primeros, hemos asumido algunos valores ecologistas fundamentales, pero hemos tendido a considerar que el cuerpo teórico y político que venía del ecologismo subvaloraba el papel central que desempeña la lucha de clases en el sistema capitalista. A mi modo de ver, los segundos han cometido un error similar pero en la dirección opuesta, al menospreciar la economía marxista, calificada de «tradicional», por su pretendida incomprendición de los problemas derivados de la crisis ecológica. Como consecuencia, los economistas marxistas hemos tendido a leer demasiada poca ecología y los ecologistas demasiada poca economía. Es hora de tender puentes para comenzar a entendernos¹.

Una cuestión de método

1. Comparto totalmente las críticas a la «izquierda tradicional» por no haber comprendido el problema ecológico. Durante la larga fase de expansión del capitalismo tardío, la generalización de las tecnologías sucias, el despilfarro de recursos, el problema de los residuos, etc, eran demasiado

¹ El presente documento es fruto del debate que se realizó en la primera sesión del seminario sobre economía y ecología, organizado por la Fundación 1º de Mayo, y de las notas de Enric Tello a mi texto «Romper la lógica del Capital» que se discutió en dicha sesión. No constituye tanto una respuesta a Enric Tello, como un intento de poner en positivo mis posiciones sobre el tema aprovechando sus comentarios y el debate en el mencionado seminario.

evidentes como para que la izquierda los hubiera incorporado a sus análisis teóricos y políticos. Pero no lo hizo, salvo en lo que se refiere a la energía nuclear e, incluso en este tema, las aproximaciones al problema no siempre fueron correctas. Hay que reconocer que la ecología, como problema político, no fue considerado seriamente hasta que los Verdes alemanes demostraron, en la década pasada, su potencialidad electoral y movilizadora. Hoy es evidente que la izquierda transformadora no puede ser otra cosa que «rojiverde»².

Sin embargo, ¿que es la izquierda tradicional? ¿La socialdemocracia? ¿Los partidos comunistas? ¿Los partidos maoistas? ¿Los trotskystas? ¿Los anarquistas? Ninguno de ellos consideró seriamente a la ecología hasta tiempos muy recientes, pero no es menos cierto que no lo hicieron por razones tan diferentes que analizarlas nos obligaría a entrar en una taxonomía que probablemente no nos conduciría a nada. El problema es que, en el fondo, la crítica no se refiere a la «izquierda tradicional», sino al marxismo. Y este es un terreno mas resbaladizo, porque ¿de que marxismo hablamos? Desde mi punto de vista, el llamado marxismo soviético ha monopolizado durante mucho tiempo la etiqueta de «marxismo» porque era hegemónico, pero Marx no se hubiera reconocido en él y afortunadamente ha fallecido. Este tipo de marxismo dogmático es incapaz de incorporar coherentemente las aportaciones que vengan del exterior y, por tanto, si las críticas se refieren a él son correctas. El marxismo o es abierto o no es marxismo y las críticas al mismo deben ser de otro tipo, porque no ha incorporado hasta tiempos muy recientes los problemas ecológicos, pero no hay razón para que no lo haga.

El marxismo es producto de una síntesis múltiple que todavía se está realizando hoy. En efecto, es una síntesis:

a) De las principales ciencias sociales. Marx y Engels le concibieron como una síntesis de la filosofía alemana, la economía política inglesa y la política francesa. Pero como todo cuerpo doctrinal no dogmático y en desarrollo, la síntesis hay que seguir haciéndola hoy con los avances de todas las ciencias sociales que puedan contribuir a conocer el mundo y transformarlo para emancipar a la humanidad. Evidentemente la ecología es una pieza fundamental para realizar esa síntesis.

² Para no liar mas las cosas, voy a pasar por alto todas las cuestiones que se deducen de la opresión patriarcal que, en muchos aspectos, ha sido aún peor tratada por la izquierda que los problemas ecológicos. Al menos, en el bagaje de la izquierda, no existe una literatura «negativa» sobre los problemas medioambientales como ocurre con el feminismo. Simplemente no existe, lo que no es poco. Por tanto, cuando hablo de alternativa «rojiverde», debe interpretarse «rojiverdevioleta», «arco iris», etc, pero en el presente documento, se me va a permitir olvidarme de estos problemas para intentar centrar el debate.

b) De los distintos proyectos emancipatorios existentes. La humanidad se ha revelado contra la opresión mucho antes de que existieran el capitalismo y el marxismo e incluso ha teorizado mundos mejores. Marx y Engels le deben mucho al socialismo utópico, pero le superaron con el socialismo científico. Hoy debemos hacer lo mismo porque el marxismo no tiene ni el monopolio de la emancipación, ni el monopolio de la crítica en la izquierda. Debe integrar las aportaciones emancipatorias que provienen del feminismo, del ecologismo, etc. Pero integración significa diálogo en el cual hay una influencia en las dos direcciones. Se trata de un punto de encuentro y no de un sistema acabado.

c) De los movimientos emancipatorios realmente existentes en cada momento del tiempo. Marx y Engels partieron del movimiento obrero que existía en su época, lucharon por su autorganización, su independencia de la burguesía y por dotarle de un programa revolucionario y aprendieron de sus experiencias. Hoy, en un mundo más complejo, el marxismo debe aprender de la práctica no solo del movimiento obrero, sino también de los demás movimientos sociales. Por lo que aquí nos respecta, el movimiento ecologista desempeña un papel fundamental.

La lógica del capital

2. Si concebimos el marxismo como se ha hecho en el punto anterior, los aspectos ecológicos pueden y deben ser incorporados con un carácter sustantivo en todos los eslabones del análisis económico marxista. No digo que sea fácil, digo que pueden ser incorporados y que a esto habrá que dedicar esfuerzos. Lo que sigue no son más que unos esbozos del papel que deben desempeñar en algunas cuestiones importantes.

Comencemos por la «ley del valor», el mecanismo fundamental que rige el funcionamiento de la economía capitalista. Marx no tuvo en cuenta a la ecología cuando desarrolló dicha ley, pero hoy es evidente que desempeña un papel sustancial, hasta el punto que la explotación de la naturaleza es una consecuencia lógica del propio funcionamiento del sistema capitalista. Veamos como.

La principal característica del capitalismo es que su objetivo fundamental no es la producción de bienes y servicios para satisfacer las necesidades humanas, sino de mercancías para ser vendidas y obtener un beneficio. El mercado es el que gobierna el intercambio de mercancías y el que hace que las necesidades sociales, que en el capitalismo son las que se pueden expresar porque existe un poder de compra para ellas, sean cubiertas por el trabajo que realiza la sociedad, aunque dicho trabajo social sea realizado bajo forma privada y cada productor individual no conozca qué necesidades precisas (cuantitativa y cualitativamente) debe satisfacer su producción. En

definitiva, el mercado es el que determina que mercancías hay que producir, en qué cantidad, a qué precios, etc. Si un capitalista produce más mercancías que las que puede absorber el mercado, habrá desperdiciado trabajo social y, o corrige su actuación, o desaparecerá. Otro tanto ocurrirá si las ha producido utilizando más trabajo que el que socialmente era necesario. Los marxistas llamamos a este mecanismo «ley del valor» y consideramos que es el mecanismo fundamental que gobierna la economía capitalista.

Pero la «ley del valor» no solamente rige el intercambio de mercancías, sino también la distribución de los beneficios entre todos los capitalistas. Hay que distinguir entre la obtención de la plusvalía y su realización. Por un lado, todos los capitalistas explotan a sus trabajadores en la medida en que les pagan unos salarios inferiores al trabajo que han incorporado en las mercancías que han producido. Pero, por otro, no todos los capitalistas obtienen unos beneficios iguales a la plusvalía que han extraído. Esto solamente ocurrirá en el caso de los capitalistas que tengan una productividad igual a la media de la sociedad. Los que la tengan menor, obtendrán menos beneficios que la plusvalía que han obtenido y los que la tengan mayor más. Es decir, la plusvalía se obtiene en la esfera de la producción, pero su reparto entre todos los capitalistas se realiza en la de la distribución. Es como si todos los capitalistas aportaran la plusvalía que extraen de sus trabajadores a un fondo común y luego retiraran de dicho fondo la parte que les corresponde. La parte que aportan depende de las condiciones de explotación de sus trabajadores. La parte que retiran depende de su competitividad en el mercado.

Así pues, para un capitalista individual, situarse bien en el mercado es tan importante como explotar a sus trabajadores (incluso para algunos capitalistas lo es más). Esto se puede conseguir, como se ha señalado tradicionalmente, elevando la composición orgánica del capital para que aumente la productividad del trabajo, esto es, dotando de más máquinas a cada trabajador, pero hay otros métodos. Por un lado, la utilización intensiva de las materias primas significa incorporar al producto final poco «trabajo muerto» e, incluso, puede significar un aumento reducido de la composición orgánica del capital, pero eleva el precio del producto final muy por encima del valor de cambio y, por tanto, significa que retirará del fondo común de plusvalía mucho más de lo que ha aportado. Por otro, puesto que el objetivo es aumentar la productividad del trabajo y el aumento de la composición orgánica del capital no es más que el precio que debe pagar para ello, la adopción de tecnologías sucias puede reducir al mínimo imprescindible el aumento de esta última y, por tanto, le situará en mejores condiciones de competencia con un coste menor. Finalmente, puesto que de lo que se trata no es de satisfacer necesidades, sino de vender para obtener un beneficio, puede desarrollar productos nuevos, que serán más competiti-

vos cuanto menos trabajo lleven incorporado, no importa que ello se logre a costa de una expliación de la naturaleza.

Si nos atenemos a lo que Marx escribió en *El Capital* no encontraremos los métodos anteriores como forma de que los capitalistas individuales aumenten su competitividad en el mercado pero, en el contexto del marxismo abierto tal y como le hemos descrito mas arriba, no hay razón para no tenerlos en cuenta de una forma substantiva. Además, como se verá mas adelante, en la tradición marxista han sido considerados, aunque no desde una perspectiva ecológica (por ejemplo, en el tratamiento de la Tercera Revolución Tecnológica que se produjo durante la onda larga del capitalismo tardío). Lo importante es tener en cuenta que la «ley del valor» no desempeña un papel solo en la extracción de la plusvalía, sino también en la realización de la misma, por lo que la lógica del capital pasa también por el productivismo, la expliación de la naturaleza, el deterioro del medio ambiente, el cambio en los patrones de consumo, etc. La contradicción de clase y la contradicción ecológica no son dos cosas separadas, sino las dos caras de una misma moneda: el juego de la «ley del valor». En el capitalismo, no hay dos lógicas, la del capital y la del productivismo, sino una sola lógica: la del capital³.

3. El «factor ecológico» puede encontrarse en algunos escritos de Marx y Engels (en *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, por ejemplo), pero es cierto que no es tratado como una cuestión substantiva. Esto es lógico, porque era una contradicción latente que no debería aparecer con fuerza hasta que el capitalismo no se hubiera desarrollado considerablemente. Cuenta Hobsbawm en *La era del imperio (1875-1914)* que, en la segunda mitad del siglo XIX, la economía capitalista se reducía a Europa Occidental hasta el Danubio, América del Norte y algunas ciudades o Estados en el sur de África u Oceanía y que aún en estos sitios la mayoría de la población se dedicaba a la agricultura, de forma que la clase obrera industrial era muy minoritaria. En estas condiciones, las agresiones ecológicas podían ser parte sustancial de la lógica del capital pero todavía no había aparecido el enfrentamiento con el ecosistema, precisamente por el insuficiente desarrollo

³ La lógica del capital siempre es productivista, pero la abolición del capitalismo no garantiza por si solo la desaparición de la lógica productivista. Una muestra de ello lo tenemos en lo ocurrido en los países del llamado «socialismo real», en los que el productivismo y las agresiones a la ecoesfera no tuvieron nada que envidiar a los del capitalismo. Se ha argumentado que, en dichas sociedades, aunque la lógica del capital no funcionaba directamente, porque habría sido abolido el mercado como mecanismo de asignación de los recursos, si lo hacía indirectamente, porque estaban inmersas en el contexto de un mercado mundial capitalista, y de ahí las agresiones ecológicas que se produjeron. Este argumento tiene una gran parte de verdad pero, aunque la lógica del capital no hubiera funcionado ni siquiera indirectamente, ¿que mecanismo objetivo le hubiera impedido a la burocracia ser productivista?

del capitalismo. Terminaría apareciendo, porque el capitalismo solo puede sobrevivir si crece aceleradamente.

A lo largo de la historia del modo de producción capitalista, se ha producido una tendencia a que las inversiones cada vez generen menos empleo, esto es, la acumulación cada vez ha tenido una mayor proporción de capital constante y menor de capital variable. Esto es lógico, porque los capitalistas no están interesados solo en explotar a sus trabajadores, sino también en aumentar su competitividad para aumentar sus beneficios por encima de la plusvalía que obtienen, y esto les lleva a inversiones ahorradoras de trabajo para aumentar la productividad, para reducir los costes de producción, etc. Es lo que Marx llamó la ley del crecimiento de la composición orgánica del capital, que la historia ha demostrado fundamentalmente correcta (el volumen de capital por trabajador existente hoy es notablemente superior al que existía hace un siglo).

El crecimiento de la composición orgánica del capital tiene dos consecuencia interrelacionadas. Por un lado, puesto que cada nueva inversión genera menos empleo, la consecuencia será la aparición de un ejército industrial de reserva. Por otro, puesto que el empleo es la base de la plusvalía y crece menos que el capital, el resultado es que la masa de plusvalía crecerá menos que la masa de capital, esto es, se producirá un descenso de la tasa de beneficio. La única solución para el capital es una acumulación en espiral que incorpore a nuevos trabajadores a la producción, para que aumente la masa de plusvalía, y cuando estos se hayan acabado, incorporar a nuevos sectores a la actividad mercantil en las metrópolis, extender el capitalismo en las colonias, etc. Esto es lo que ha hecho el modo de producción capitalista a lo largo de su historia. Ha aumentado exponencialmente el volumen de producción, la masa de beneficios, el volumen de capital, etc. Pero aún así, no ha podido evitar el descenso tendencial de la tasa de beneficio porque, desde un punto de vista histórico, la búsqueda constante de los aumentos en la productividad ha hecho que las nuevas inversiones siempre hayan tenido una composición orgánica del capital mayor que las existentes.

Marx señaló que el descenso de la tasa de beneficio era una ley tendencial, porque el capitalismo contaba con resortes para contrarrestarla, que podían actuar durante largos períodos. Entre ellos señaló el aumento de la tasa de explotación, el imperialismo, el aumento de la rotación del capital, la acumulación en zonas o sectores donde la composición orgánica del capital es más baja,... y hoy habría que añadir: la adopción de tecnologías sucias, la explotación intensiva de los recursos naturales, etc. Marx no trató estos últimos elementos, en parte, porque el insuficiente desarrollo capitalista todavía no había tenido los efectos negativos sobre la naturaleza que hoy tiene, pero también, porque en su análisis subyace el productivismo propio de una época, como el siglo XIX, en la que los

avances tecnológicos no parecían tener límites mientras que la clase obrera vivía en unas condiciones muy depauperadas⁴. Hoy no hay ninguna razón para no incorporarlos como elementos sustantivos del análisis. Tampoco analizó las ondas largas, que se inician precisamente porque una serie de factores contrarrestantes producen una elevación de la tasa de beneficio que rompe con la tendencia histórica, y sin embargo, en este terreno, los avances posteriores en el análisis han sido considerables. En la actualidad, es muy difícil hacer un análisis coherente del capitalismo sin considerar que este modo de producción se mueve a través de ondas largas. De la misma forma, hoy es muy difícil comprender la situación actual del capitalismo sin considerar que los aspectos ecológicos han tenido una importancia crucial en la cuarta onda larga, la llamada de capitalismo tardío que se inició en los años posteriores a la II Guerra Mundial. Pero los problemas ecológicos y, por llamarlos de alguna manera, los económicos no pueden analizarse independientemente unos de otros porque ambos van indisolublemente unidos.

Las revoluciones tecnológicas

4. En la historia del capitalismo ha habido cuatro ondas largas, con sus correspondientes fases de prosperidad y depresión, y cada una de ellas ha estado asociada a una tecnología diferente. La primera, desde 1793 hasta 1825 en su fase de prosperidad y de ahí hasta 1847 en la de depresión, se caracterizó por la manufactura. La segunda, desde mediados del siglo XIX hasta 1873 en su fase ascendente y desde entonces hasta 1893 en la descendente, fue en la que se produjo la primera revolución tecnológica, cuyo elemento más significativo es la generalización de la máquina de vapor. La tercera onda larga desarrolló su fase ascendente hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial y la descendente desde el final de la misma hasta el comienzo de la Segunda. En ella se incorporó la segunda revolución tecnológica, generalizándose los motores de combustión interna y eléctricos a todas las ramas de la industria. La cuarta es la actual, cuya fase de prosperidad se inició al final de la Segunda Guerra Mundial, en la que se

⁴ La abundancia, como requisito fundamental para la construcción de la sociedad comunista, desempeñó un papel crucial en Marx. Como muestra, basta mencionar el conocido párrafo de la *Critica al programa de Gotha*: «en la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y en ella, la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, solo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!».

incorporó la tercera revolución tecnológica (electrónica, energía atómica, fibras sintéticas, etc) y en cuya fase recesiva se encuentra el capitalismo actualmente.

Todas estas ondas largas están determinadas por múltiples factores, hasta el punto de que cada una de ellas debe ser considerada como una época histórica específica, pero si hay uno de ellos que los resume todos son las oscilaciones a largo plazo de la tasa de beneficio. Las fases de prosperidad se producen como consecuencia de una elevación sostenida de la tasa de beneficio, que lleva a la inversión masiva de capitales que antes estaban ociosos, lo que permite la incorporación de una avance tecnológico considerable y el crecimiento de la producción y los beneficios capitalistas en espiral. Pero conforme la fase de prosperidad va desarrollándose, se van sentando las bases para que el capitalismo entre en una fase recesiva, porque los factores que permitieron la elevación de la tasa de beneficio se van agotando progresivamente: se recompone la clase obrera, se reduce el ejército de reserva, retrocede la tasa de explotación, se generaliza la revolución tecnológica, etc. El inicio de una nueva fase expansiva y, por tanto de una nueva onda larga, exige que la tasa de beneficio vuelva a aumentar sustancialmente, lo que a su vez requiere que aumente la tasa de explotación, que se reduzca la composición orgánica del capital o ambas cosas.

La primera onda larga se inició con la revolución industrial. En la segunda y la tercera, el capitalismo pudo remontar las fases recesivas precedentes utilizando lo que en términos convencionales pueden denominarse procedimientos tradicionales: el aumento de la tasa de explotación en las metrópolis, la reducción de la composición orgánica del capital mediante la extensión del modo de producción capitalista a las colonias, la búsqueda de nuevos mercados geográficos, etc. Una vez iniciada la fase expansiva, en todas ellas se incorporó una revolución tecnológica que contribuyó a hacer aún más intensa la expansión, pero dichas revoluciones tecnológicas se produjeron después de que el capitalismo había iniciado la fase expansiva, no antes.

Durante las tres primeras ondas largas, los nuevos métodos de producción que se incorporaron con las revoluciones tecnológicas tuvieron efectos ecológicos negativos, de modo que la explotación de los recursos naturales, el empleo de tecnologías «sucias» y el problema de los residuos son tan viejos como el capitalismo, o incluso más. En las minas de Río Tinto, por ejemplo, los ingleses obtenían el cobre quemando las piritas, lo que provocó la deforestación de una zona entera, pero este método se remonta incluso a los romanos. Otro tanto puede decirse de los nuevos productos que aparecieron con las mismas: la máquina de vapor y la extensión del ferrocarril durante la segunda onda larga, que no fueron ecológicamente neutros, el automóvil y el motor de combustión interna durante la tercera,

cuyas consecuencias todavía estamos pagando, etc. Pero las nuevas tecnologías no supusieron un salto cualitativo en la agresión a la ecoesfera en ninguna de dichas revoluciones tecnológicas respecto a lo que había supuesto la propia irrupción del modo de producción capitalista. Si el capitalismo contaminaba más no era fundamentalmente porque los métodos de producción fueran cada vez mas contaminantes, aunque sin duda ocurrió algo de esto, sino porque la producción era mayor y los métodos contaminantes estaban mas generalizados.

En la cuarta onda larga, esto es, en la que se inició a partir de la II Guerra Mundial, las cosas cambiaron radicalmente. El aumento de la tasa de explotación que permitió la derrota de la clase obrera en los principales países industriales a raíz de la misma permitió la extensión al conjunto de la economía de los avances tecnológicos que en un principio estuvieron ligados a la industria militar (electrónica, energía atómica, materias primas sintéticas, etc), generando lo que se ha llamado Tercera Revolución Tecnológica. Esto provocó una importante reducción del precio del capital constante, favoreciendo así a largo plazo el descenso de la tasa de beneficio, e hizo que aparecieran nuevos mercados, pero esta vez no geográficamente, sino mediante la sustitución de unos productos por otros: del vidrio y la madera por el plástico, de las fibras naturales por las artificiales. De esta forma, una nueva energía, nuevos productos y nuevos procesos pasaron a ser los elementos fundamentales que determinarían varias décadas de expansión sin precedentes del capitalismo. Fueron miles de nuevos productos que se producían con nuevos métodos de producción gravemente negativos para el ecosistema, que cambiaron los patrones de consumo de los países desarrollados, que generaron enormes volúmenes de residuos industriales y urbanos, etc, en un proceso que se alimentaba a sí mismo.

Como se ha señalado reiteradamente, la lógica del capital siempre ha sido productivista y agresiva con la naturaleza pero, después de la Segunda Guerra Mundial ha experimentado un cambio cualitativo desde el punto de vista ecológico. En la época del capitalismo tardío, dicha lógica ha llevada a la adopción de tecnologías sucias e intensivas en energía y residuos y a patrones de consumo que son los principales responsables de la crisis planetaria en la que estamos. De esta forma, la defensa de la ecoesfera ha pasado a convertirse en un elemento esencial de la lucha anticapitalista.

5. Las revoluciones tecnológicas desempeñan un papel fundamental en la dinámica de las ondas largas, pero hay que huir de cualquier explicación tecnologicista de la evolución del capitalismo.

Investigación científica y técnica, innovación tecnológica y revoluciones tecnológicas o rupturas industriales, como las denominan algunos autores, no son conceptos equivalentes. Una cosa son los descubrimientos científicos y técnicos que pueden obtenerse en un laboratorio (la investigación

científica), otra que los mismos se vayan a aplicar a la producción mediante inversiones que los incorporan (la innovación tecnológica) y otra muy distinta que dichas innovaciones se incorporen masivamente a la producción determinando un salto cualitativo en la tecnológica de la sociedad (las revoluciones tecnológicas). La investigación científica es un proceso permanente que produce un flujo relativamente suave de descubrimientos. Una parte de los mismos se aplicada a la producción, dando lugar a una cierta innovación tecnológica, pero, en condiciones normales, la mayor parte de los descubrimientos permanece sin utilizar. Las transformaciones tecnológicas radicales se han producido en oleadas determinando una revolución tecnológica, que nunca ha sido el resultado de un solo descubrimiento, sino de la acumulación durante un largo período de tiempo de una gran número de mejoras que conjuntamente han llevado a que se produzca un gran cambio.

Para las explicaciones tecnologicistas⁵, estas oleadas desempeñan un papel fundamental en la aparición y desarrollo de las ondas largas y, por tanto, en el movimiento del capitalismo en grandes períodos históricos. Según estas interpretaciones, las fases expansivas se producen porque se incorpora repentinamente a la producción una enorme cantidad de nuevas tecnologías e inventos que, al generalizarse al conjunto de la economía, inducen una onda larga de prosperidad. El agotamiento de estas invenciones induciría a su vez una nueva fase recesiva.

La crisis económica actual estaría determinada fundamentalmente por el agotamiento de las tecnologías sucias e intensivas en residuos que se introdujeron después de la Segunda Guerra Mundial. Y el capitalismo no iniciaría una nueva fase expansiva hasta que no se hubiera producido una nueva «ruptura industrial». En consecuencia, para estos sectores, concretar en qué puede consistir una revolución tecnológica verde (que sería la tercera ruptura industrial, pues ya ha habido dos: la que determinó el inicio de la tercera onda larga, a finales del siglo pasado, y la que provocó la cuarta, después de la Segunda Guerra Mundial) basada en tecnologías limpias, el reciclaje y las energías renovables y luchar por ellas ocupa un lugar central en la actividad política de la izquierda.

Las revoluciones tecnológicas desempeñan un papel fundamental en la dinámica de las ondas largas, pero la lucha de clases es aún más decisiva. Por un lado, el agotamiento de las tecnologías introducidas en la anterior

⁵La mayoría de estas explicaciones tienen una rafz en la teoría de las ondas largas de Shumpeter, para quien el avance tecnológico desempeña un papel crucial en la evolución del capitalismo. Las personas muy interesadas en el tema pueden acudir a: Rosemberg, N y Frischtak, CR: «La innovación tecnológica y los ciclos largos», *Papeles de Economía Española* nº 28. En él puede encontrarse un panorama de las diferentes posiciones sobre las ondas largas que no es el mejor de los existentes, pero si el más claro en castellano.

ruptura industrial no es el único factor ni el mas importante para que se inicie una nueva fase recesiva. Estas se producen porque se generalizan las revoluciones tecnológicas, con lo que dejan de ser un factor de aumento de la competitividad y una fuente de beneficios, pero también, y esto es mas importante, porque a lo largo de la fase expansiva precedente disminuyó la tasa de explotación y aumentó la composición orgánica del capital como consecuencia de la acumulación. Por otro, las revoluciones tecnológicas no son el factor que determina una nueva fase de expansión. Para que se incorpore una nueva revolución tecnológica es necesario que se produzca una acumulación masiva que incorpore a la producción los nuevos descubrimientos científicos y técnicos, lo que a su vez requiere una elevación previa de la tasa de beneficio pues, en caso contrario, dicha acumulación no tendrá lugar. Así pues, la salida de la fase recesiva requiere la recuperación previa de la tasa de beneficio y esta el aumento de la tasa de explotación. Una vez conseguida la recuperación de la tasa de beneficio, la revolución tecnológica viene después, dándole intensidad al auge y contribuyendo a que se prolongue. En definitiva, el elemento fundamental que determina la salida de una fase recesiva no es la revolución tecnológica, sino la lucha de clases.

Esto es crucial porque, derrotada la clase obrera e iniciada una nueva fase expansiva de larga duración, nada ha podido evitar que el capitalismo adoptara la tecnología que haya considerado mas conveniente, hasta tal punto que en ninguna fase recesiva anterior se pudo ni siquiera entrever cual sería la tecnología durante la fase expansiva siguiente y mucho menos influir sobre ella. Después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo adoptó las tecnologías sucias que han llevado a la crisis ecológica global porque esto era lo que procedía para mantener elevada una tasa de beneficio que, en la época del capitalismo tardío, tenía una tendencia acusada a declinar. Ahora, con la mundialización de la economía y la competitividad convertida en objetivo supremo, la lógica del capital se ha hecho mas compulsiva: ningún capitalista se detendrá en agredir al ecosistema si ello le permite sobrevivir en un mundo en el que la competencia se ha agudizado a escala internacional y, por tanto, la tendencia al descenso de la tasa de beneficio es mas acusada. Por eso, si el capitalismo logra iniciar una nueva fase expansiva de larga duración, la nueva revolución tecnológica que vendrá después probablemente será aún peor, desde el punto de vista ecológico, que la anterior. De este modo, en los albores del siglo XXI, la frase clásica de «socialismo o barbarie» se ha hecho mas actual que nunca.

Así pues, si no se logra detener la lógica del capital en el terreno de la «contradicción de clase», se puede hacer muy poco para influir decisivamente en las tecnologías que adoptará cuando nos haya derrotado. Dicho de otra manera: la nueva revolución verde, basada en tecnologías limpias, el reciclaje y las energías renovables, no será posible si el capitalismo logra

remontar la actual fase recesiva. Hasta ese punto la lucha de clases desempeña un papel central en la defensa del planeta.

La crisis económica y la crisis ecológica

6. La crisis económica actual está determinada por el descenso de la tasa de beneficio que se produjo a finales de la década de los setenta y principios de la de los setenta, provocado por una serie de factores que se fueron gestando durante la fase de expansión precedente. La lenta desaparición del ejército de reserva y la mayor organización del movimiento obrero en los principales países industriales bloquearon el aumento de la tasa de explotación. La Tercera Revolución Tecnológica se generalizó, pasando de ser una fuente de beneficios a una fuente de sobreproducción y aumento de la competencia. La aplicación deliberada de las técnicas keynesianas anticrisis acentuó la inflación, no impidió el crecimiento del paro y terminó provocando la crisis del sistema monetario internacional, con sus repercusiones negativas respecto al comercio y a la circulación de capitales. Por último, la época de materias primas y energía baratas concluyó, provocando graves problemas en el funcionamiento del sistema capitalista. Así pues, el fin de la «edad de oro» del capitalismo no se produjo fundamentalmente porque se hubiera agotado el haz de tecnologías sucias introducidas con la «segunda ruptura industrial», como sostienen algunos autores, sino también por otros muchos factores, alguno de los cuales, como el descenso de la tasa de explotación, desempeñaron un papel más crucial. No en balde los economistas convencionales hablan de «crisis de oferta» para señalar que los «altos costes laborales» son los principales culpables de la crisis. Es por esto por lo que las técnicas de gestión de la demanda, características de los años de expansión, ya no servían y por lo que el keynesianismo entró también en crisis.

Para remontar la crisis, el capitalismo debería sentar las bases para que la tasa de beneficio se recuperara sostenidamente y, para ello, se dotó de una estrategia que hemos venido llamando «política de austeridad». Se trataba de aumentar la tasa de explotación mediante la reducción de los salarios, las prestaciones sociales, etc y el aumento de la productividad y de reducir la composición orgánica del capital. Dicha política de austeridad hay que concebirla como una estrategia, pues la situación del movimiento obrero y los problemas internos del capitalismo impedían su realización práctica en poco tiempo. Y de ella se derivan algunas conclusiones importantes. Por un lado, no hay ninguna política económica posible que permita que el capitalismo salga de la crisis y que al mismo tiempo beneficie a los trabajadores. Para iniciar una nueva fase expansiva de larga duración, el capital debe agredir a las condiciones de vida y laborales de los trabajado-

res, esto es, debe aumentar la tasa de explotación, porque solo así conseguirá que se recupere la tasa de beneficio. Por otro, una salida capitalista de la crisis económica implicará un agravamiento de la crisis ecológica planetaria. La nueva revolución tecnológica que se produciría en la nueva fase expansiva de larga duración no se basaría en tecnologías más limpias porque, como se ha mostrado en los puntos anteriores, tales tecnologías tendrían un efecto negativo sobre la tasa de beneficio.

La conclusión es que tanto la crisis económica como la crisis ecológica no se pueden solucionar en el contexto del capitalismo de forma favorable para los trabajadores, la mayoría de la población y la ecoesfera. Desde el punto de vista de la izquierda consecuente, el anticapitalismo debe ser un rasgo básico tanto en la lucha «económica y social», como en la «ecológica».

7. Desde mediados de la década de los setenta, una serie de autores franceses y americanos han abordado el problema de la crisis desde una perspectiva novedosa. Reclamándose de todo o de parte de Marx, según quien sea el autor, tienen muy en cuenta las contribuciones de Keynes. Las aportaciones de esta corriente se encuentran muy dispersas y su heterogeneidad interna es muy grande, pero sus elementos comunes han hecho que estos autores se puedan agrupar en lo que se conoce como «escuela de la regulación».

Los «regulacionistas» se preguntan como puede funcionar el capitalismo a pesar de sus contradicciones internas e indagan en las transformaciones que se han sucedido en el sistema a través de las cuales se han superado las recurrentes crisis que ha padecido, lo que les lleva al concepto de «modo de regulación». El modo de regulación es un conjunto de mecanismos, instituciones y comportamientos individuales y colectivos que aseguran la reproducción del sistema desde el punto de vista económico y social, esto es, que permite reabsorber las contradicciones y darle una estabilidad suficiente para asegurar la acumulación. La configuración exacta del modo de regulación descansa en formas institucionales que son producto de relaciones sociales (las relaciones crediticias, las relaciones salariales, la competencia intercapitalista, la inserción internacional, etc) y se corresponden con una determinada forma de acumulación. A lo largo del desarrollo del capitalismo se pueden producir crisis de dos tipos: crisis «en la regulación», que sería el equivalente a las crisis industriales periódicas, y crisis «de la regulación», que se podrían asimilar a las fases recesivas de una onda larga. Cuando se produce una crisis «de la regulación», el capitalismo desarrolla elementos internos que tienden a poner en pie una regulación nueva, con la que se superara la crisis.

Durante la fase expansiva posterior a la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo funcionó con una regulación «fordista», denominada de esta manera por referencia a la organización del trabajo en el que se sustentó.

Por un lado, las tecnologías sucias e intensivas en energía y residuos supusieron la aparición de nuevos productos y nuevos procesos de producción con una notable reducción de costes, lo que permitió una expansión del capitalismo sin precedentes. Por otro, se estableció una regulación de la demanda basada en que los salarios no solamente representaban un coste para los capitalistas, sino también un mecanismo de absorción de una producción creciente. Los convenios colectivos, mediante los que se determinaba el crecimiento de los salarios en función de la productividad, garantizaban que el poder adquisitivo crecería con la acumulación, contribuyendo a superar la contradicción latente entre la producción y la realización de la plusvalía. Los grandes sectores de la producción se articularon en torno al consumo de masas teniendo en cuenta estas condiciones de explotación dominantes. Finalmente, la nueva regulación salarial, basada en que los salarios crecían como la productividad, garantizaba que la tasa de beneficio no se vería afectada.

Sin embargo, a partir de mediados de la década de los setenta, el modo de regulación vigente después de la II Guerra Mundial ha entrado en crisis: se ha agotado el haz de tecnologías sucias, ha entrado en crisis la regulación salarial, en consecuencia, tampoco funciona la regulación de la demanda, etc. La salida de la crisis económica no depende de que la tasa de beneficio se recupere previamente, sino de que el capitalismo sea capaz de generar una nueva regulación. Las bases que determinarán esa nueva regulación se van creando poco a poco y, por eso, el problema no es tanto la resistencia frente a la política de austeridad con la que el capital pretende la recuperación de la tasa de beneficio, como tener alternativas a las «tecnologías sucias e intensivas en energía y residuos de la era fordista», situarse bien en los cambios que se están produciendo en la organización del trabajo, etc. Para los regulacionistas, el problema no es tanto evitar que el capital remonte la crisis económica a su favor, como influir en las características que tendrá dicha salida de la crisis.

8. El capitalismo no está generando una nueva regulación que le permitirá una salida gradual de la crisis económica, como piensan los partidarios de la teoría de la regulación. En primer lugar, aunque el comportamiento de los salarios ha cambiado (en la etapa de expansión, los salarios crecieron como la inflación más la productividad y ahora difícilmente logran conservar el poder adquisitivo), no puede hablarse de una nueva regulación salarial. La tasa de beneficio no se ha recuperado suficientemente a pesar del retroceso objetivo y subjetivo que ha sufrido la clase obrera como consecuencia de los efectos de la crisis y de la política económica neoliberal. En segundo lugar, los cambios en la organización del trabajo y la implantación de las nuevas tecnologías tampoco han creado las condiciones para que la tasa de beneficio se recupere en el futuro, pues son todavía muy

limitados para las necesidades del capital. Los cambios en la organización del trabajo han podido elevar la productividad con cargo al empleo y a las condiciones laborales en algunos sectores pero, para que la tasa de beneficio se recupere suficientemente, deben extenderse al conjunto de la economía y esto no está garantizado. La implantación de las nuevas tecnologías, por su parte, se circunscriben a unas pocas ramas de la industria y los servicios hasta que previamente se haya producido una recuperación de la tasa de beneficio. En tercer lugar, no hay una nueva regulación de la demanda que permita soslayar la contradicción existente entre la producción de la plusvalía y su realización. Antes al contrario, en su intento de solucionar la «crisis de oferta», la política neoliberal ha añadido una «crisis de demanda» y la recesión generalizada en la que está sumida la economía de mercado es una prueba de ello. Así pues, el capitalismo no ha creado mecanismos que garanticen una reproducción y una acumulación sostenida y, por tanto, sigue necesitando un tratamiento de choque para imponer a los trabajadores el aumento de la tasa de explotación y la recuperación de la tasa de beneficio.

El problema fundamental del regulacionismo es que da la guerra por perdida cuando las batallas fundamentales están por delante. Las fases expansivas no se producen porque se establece una regulación que, cuando se rompe, genera una crisis del capitalismo, de la que este termina saliendo mediante la puesta en pie, poco a poco, de una regulación nueva. En el centro de la crisis está la tasa de beneficio y su recuperación solo se producirá si lo permite la lucha de clases. La nueva fase expansiva y las nuevas tecnologías dependen fundamentalmente de la lucha de clases. No hay ninguna posibilidad de salida gradual ni de la crisis económica ni de la crisis ecológica.

En el terreno social, esto tiene algunas consecuencias importantes. El problema no es situarse bien en la nueva regulación que está poniendo en pie el capitalismo, proponiendo políticas económicas basadas en sacrificios compartidos o pactando las nuevas formas de organización del trabajo en aras de la búsqueda de una mayor competitividad, por ejemplo, porque se piensa que la salida gradual de la crisis económica es inevitable. Las políticas de este tipo están condenadas al fracaso, porque no evitarán el enfrentamiento con el capital y, por el contrario, contribuyen a desarmar ideológicamente a los trabajadores al proponerlos una salida compartida de la crisis que, además, no es posible. El objetivo fundamental es prepararse y preparar a los trabajadores para los enfrentamientos que quedan por venir de cara a una salida de la crisis económica que muy probablemente será convulsa. La gravedad que está adquiriendo la crisis económica en términos de paro y deterioro de las condiciones sociales, la profundidad de las agresiones capitalistas, el desarrollo de fenómenos preocupantes, como el fascismo, el racismo y la xenofobia, etc, muestran claramente que,

conforme se desarrolla la crisis económica, la lucha de clase se vuelve más aguda. En este contexto, la única solución es el anticapitalismo.

En el terreno de la crisis ecológica, ocurre algo similar. Para la izquierda, el problema no es «encontrar alternativas al agotamiento del modelo de producción fordista que sean ecológicamente sostenibles y equitativas desde el punto de vista social», porque tales alternativas no existen. Tampoco se trata de «concretar en qué puede consistir una tercera revolución verde basada en las tecnologías limpias, el reciclaje y las energías renovables» si no se tiene en cuenta y no se dice claramente que tal revolución verde no será posible si el capitalismo remonta la crisis económica a su favor, esto es, si el capitalismo puede iniciar una nueva fase expansiva de larga duración porque previamente ha derrotado a los trabajadores. Sería crear la falsa ilusión de que es posible solucionar la crisis ecológica global manteniendo el elemento fundamental del sistema que la crea: la lógica del capital. En última instancia, de la misma forma que el capitalismo no es reformable hasta el punto de eliminar la explotación de los trabajadores o del tercer mundo, tampoco lo es hasta el grado de suprimir la explotación de la naturaleza.

Desde el punto de vista ecológico, el modo de producción capitalista experimentó un cambio cualitativo después de la II Guerra Mundial, pero está tan enraizado que no son posibles reformas que le hagan retrotraer a un «capitalismo más ecológico». El cambio es tan profundo, que el problema no se puede reducir a cambiar los «hábitos de consumo» pues, en este caso, el problema sería equivalente a intentar frenar una fuga de agua haciendo frente al reguero que se ha formado en vez de cambiar la tubería que se ha roto. Por eso, no hay dos contradicciones, la de clase y la ecológica, sino una sola: la que existe entre el capital, que para sobrevivir debe aumentar la explotación y explotar a la naturaleza, y la fuerza de trabajo, del primer o tercer mundo, empleados o parados, etc, que sufren las consecuencias en sus condiciones de vida y laborales.

Una misma lucha, un mismo programa

9. Así pues, la única salida que nos interesa, tanto de la crisis económica como de la ecológica, es la puesta en pie de un sistema social alternativo al capitalismo, que no puede ser otro que el socialismo. El socialismo sin calificativos, pues o es ecológico o no lo será. Los niveles de producción y consumo actuales de los países industriales no son exportables al tercer mundo porque la ecoesfera no lo soportaría. Por tanto, o se parte de la base de que el socialismo debe suponer un cambio radical en el modo de vida de los países industriales y, por tanto, debe ser ecológico, o se está condenando a la inmensa mayoría de los habitantes del planeta a la pobreza y la

marginación y se les impone represivamente para que lo acepten, en cuyo caso no sería socialismo. En definitiva, una concepción productivista del socialismo no sería emancipatoria.

La tarea es titánica porque, como consecuencia de la crisis del llamado «socialismo real» y de la ofensiva neoliberal, la idea del socialismo, como forma de organización social alternativa al capitalismo, ha retrocedido en la mente de los trabajadores y de la mayor parte de la población de todo el mundo. Para que vuelva a avanzar, lo primero que hay que hacer es discutir que socialismo queremos, porque la clase obrera no dará un salto en el vacío hacia algo que no sabe ni siquiera si es posible y, si lo es, si no es peor y más injusto que lo que existe. ¿Cuál es la estructura democrática de una sociedad socialista?, ¿cómo es la planificación socialista?, ¿que papel desempeña en ella el mercado?, ¿en qué patrones de consumo respetuosos con el ecosistema se basará?, ¿que tecnologías?, etc. Será posible convencer de que el capitalismo es malo, pero mientras no se avance en la respuesta a estas preguntas, el capitalismo seguirá teniendo una posición ideológica más favorable que el socialismo. Por supuesto que, para contestarlas, la izquierda marxista debe aprender de los ecologistas y, en este sentido, las especulaciones sobre como puede ser la mencionada revolución verde pueden ser útiles. Pero la inversa también es cierta, porque estamos hablando de un nuevo sistema de organización social en el que la llamada izquierda clásica marxista ha pensado más que lo que parece.

El problema es: ¿cómo avanzar en la construcción del socialismo? Elevando el nivel de conciencia de los trabajadores y la mayoría de la población hasta que lleguen a comprender que la única solución a sus problemas sociales y ecológicos pasa por la destrucción del sistema capitalista y la puesta en pie de un nuevo orden social. Pero esta tarea se ha visto obstaculizada por la hegemonía del reformismo en el seno del movimiento obrero. El reformismo es una corriente política e ideológica que propone avanzar hacia el socialismo mediante la reforma gradual del capitalismo y la utilización de sus instituciones, esto es, sin destruir el Estado burgués. Surgió en la época de ascenso del capitalismo y tuvo un enorme desarrollo en los años posteriores a la II Guerra Mundial, momentos en los que la burguesía, apoyándose en la prosperidad, pudo hacer concesiones al movimiento obrero con el objetivo de evitar la revolución, legitimar el capitalismo frente al peligro del «socialismo real», etc. Esto generó ilusiones de que era posible superar la explotación mediante reformas, que el socialismo devendría como una etapa lógica cuando el capitalismo se hubiera desarrollado convenientemente, etc. Es obvio que no ha sido así y que nunca lo será porque el capitalismo funciona gracias a un consenso social que es el que lo mantiene pero, cuando se acaba el consenso, siempre queda la coerción y la clase dominante no dudará en utilizarla para mantener sus privilegios.

No hay duda que, con la crisis económica, el espacio del reformismo se ha reducido, dado que el capital no atraviesa una situación que le permita hacer concesiones a los trabajadores. Antes al contrario, debe agredir a sus condiciones de vida y laborales si quiere que se recupere la tasa de beneficio. Esto es lo que está detrás de la crisis de la socialdemocracia: el hecho de que la crisis económica exige el retroceso del estado del bienestar, uno de los pilares fundamentales sobre los que se construyó después de la II Guerra Mundial. Tampoco hay espacio para que, de forma generalizada, el capitalismo adopte tecnologías limpias, recicle los residuos, utilice menos energía, promueva un cambio en los hábitos de consumo, etc, porque esto también iría en contra de la deseada recuperación de la tasa de beneficio. Pero esto no quiere decir que las ideas reformistas no sigan estando presentes. Lo están en el terreno social, cuando se propugna que es posible remontar la crisis económica de forma favorable a los trabajadores sin cuestionar al capitalismo. Y lo están en el campo de la ecología, cuando se busca la adopción de tecnologías limpias -sin cuestionar el capitalismo, olvidando que el anticapitalismo es una condición previa necesaria para avanzar en la solución de la crisis ecológica global.

10. Lo anterior no significa que la izquierda deba pasar de los problemas políticos, sociales y ecológicos cotidianos. Una cosa es que el reformismo no sea una vía para construir el socialismo, porque no se puede acabar poco a poco con la explotación de los trabajadores y la crisis ecológica global, y otra muy distinta que la izquierda no deba ser partidaria de las reformas para mejorar las condiciones sociales y reducir los efectos negativos de la crisis ecológica. Esto no quiere decir que deba haber dos programas: uno máximo con el socialismo que queremos y uno mínimo con las reivindicaciones inmediatas. Tal procedimiento, -que ha sido tradicional en la socialdemocracia, no sirve para el objetivo de elevar el nivel de conciencia de los trabajadores y la mayoría de la población en la medida en que el programa máximo se convierte en un objetivo alejado e imposible mientras que el programa mínimo, que acepta las reglas de juego del sistema capitalista, se convierte en la única guía de actuación. Se trata por el contrario de establecer un puente entre las reivindicaciones actuales y el socialismo, esto es, se trata de poner en pie un programa que sirva para defender los intereses inmediatos de los trabajadores y la mayoría de la población, tanto en el terreno económico y social como en el ecológico, y que al mismo tiempo les coloque en la dinámica del socialismo⁶. Debe ser,

⁶ Lo que aquí se propone forma parte del mismo tipo de preocupaciones que los programas de alcance medio que plantea Jorge Riechmann, por ejemplo. Véase Jorge Riechmann, «Necesitamos programas alternativos de alcance medio», *Viento Sur*, nº 2, 1992.

pues, un instrumento para la movilización por los intereses inmediatos y por el socialismo.

Tal programa no puede ser un producto de laboratorio, sino que debe ser vivido en las luchas y verse enriquecido por ellas. Dado el retroceso material, político e ideológico que han sufrido el movimiento obrero, en particular, y el conjunto de los demás movimientos sociales, en general, las dificultades para ponerle en pie son evidentes. Hoy no estamos en condiciones mas que de establecer algunos criterios muy generales:

a) No hay posibilidad una salida compartida de la crisis económica y tampoco es posible resolver la crisis ecológica sin cuestionar el capitalismo.

b) Es preciso actuar en dos frentes: contra los efectos objetivos de la crisis, la lógica del capital y la política de la burguesía y contra el retroceso ideológico que se ha producido, tanto en el terreno político y social, como en el ecológico.

c) Se trata de establecer un conjunto de reivindicaciones razonables, «creíbles» y por las que merece la pena luchar, porque su consecución significaría un avance en la satisfacción de las necesidades sociales inmediatas o en la defensa del equilibrio ecológico, pero que enfrentan objetivamente a los trabajadores y la mayor parte de la población con el capitalismo e indican el puente que hay que construir para avanzar hacia el socialismo.

d) El programa no es estático, sino que se va desarrollando a lo largo de las movilizaciones: es como si una vez asumida una reivindicación, el objetivo de lucha se pusiera más lejos, porque se trata de arrastrar al movimiento real desde la lucha por la reivindicación inmediata a la lucha por el socialismo.

Los anteriores son unos criterios muy generales, pero sirven para discutir que cosas podemos reivindicar y que cosas no. Pongamos algunos ejemplos. No forman parte de tal programa las reivindicaciones que parten de la base de que es necesario aumentar la competitividad para crear empleo, porque esto supone educar a los trabajadores en la aceptación de las reglas del sistema capitalista⁷. No son de recibo las propuestas de mantenimiento del empleo en Santa Bárbara sobre la base de que prosiga la fabricación de armas, sino que es necesario hacer compatibles las reivindicaciones sociales y las ecológicas: el mantenimiento del empleo en Santa Bárbara debe ir ligado a la reconversión de esta empresa en una industria civil, a la creación de puestos de trabajo en la zona, etc. No es correcto plantear que el capital

⁷En este sentido, estoy de acuerdo con Enric cuando discrepa con la posición del Gabinete Técnico de CCOO que propugna «aumentar el tamaño de las unidades productivas españolas para hacerlas más competitivas». Véase: Gabinete Técnico de CCOO. «Análisis sobre el modelo de política económica propuesto por el Gobierno. Algunas líneas generales alternativas de actuación»; Agosto de 1993.

puede ser «domesticado», como sostienen algunos sectores ecologistas, porque esto supone extender la idea errónea de que no es necesario acabar con el capitalismo para solucionar la crisis ecológica, pues basta con domesticarle, esto es, es posible avanzar hacia un capitalismo ecológico. Otra cosa es que se deban defender medidas destinadas a luchar contra la crisis ecológica, como la legislación que obligue a la reutilización de las botellas de vidrio, por ejemplo, pero siempre dejando claro que no suponen una «domesticación del capital».

En el terreno de la lucha contra el paro, la propuesta de una política expansiva, creadora de puestos de trabajo y que sea ecológicamente sostenible, combinada con un reparto del empleo basado en la reducción de la jornada laboral parecen ser los ejes mas convenientes para la actuación de la izquierda. La reducción de la jornada laboral no parece tener ningún inconvenientes tanto desde el punto de vista social, como desde el ecológico, aunque todo depende de como se llene dicha consigna de contenido. Pero, ¿que decir de la política económica expansiva ecológicamente sostenible? La respuesta me obliga a hacer una larga digresión.

Neoclásicos, neokeynesianos y postkeynesianos

11. La crisis actual comenzó siendo una «crisis de oferta», esto es, se originó porque se había producido un descenso de la tasa de beneficio, pero ha acabado teniendo un fuerte componente de «crisis de demanda» añadido. Ello se debe a dos conjuntos de factores. Por un lado, las causas que determinaron la crisis de oferta no se han resuelto, de modo que la tasa de beneficio continúa siendo baja. Esto hace que no se invierta en actividades productivas toda la plusvalía que se extrae, de modo que lo que se retira del circuito económico es mas que lo que se devuelve al mismo y el resultado es que aparece un problema de realización de la plusvalía debido a la propia dinámica interna de la onda larga recesiva. Por otro, la política neoliberal que se ha practicado durante los últimos años ha contribuido a agravar el problema. La concepción del mundo como un gran mercado en el que el capital se mueva a su antojo ha convertido a la «competitividad» en el objetivo supremo de todos los gobiernos, lo que les ha «obligado» a adoptar políticas recesivas que han contribuido a hundir la actividad económica de todos los países. El acento en la reducción de los salarios reales y el aumento de la productividad ha contribuido a debilitar el consumo salarial, uno de los principales componentes de la demanda. Las políticas monetarias restrictivas han mantenido a las economías en un corsé monetario, impidiendo el crecimiento de la inversión, etc.

En estas condiciones, la política económica que necesita el capitalismo para salir de la crisis se ha complicado considerablemente. Por un lado, la

salida de la crisis económica sigue exigiendo una recuperación sustancial de la tasa de beneficio, lo que obliga a seguir insistiendo en las políticas de austeridad. Pero, por otro, tales políticas tienden a agravar la situación del capital a corto plazo, porque tienden a deprimir la demanda. No es raro, por tanto, que la política de austeridad, que al principio de la crisis era hegemónica, esté perdiendo unanimidad en algunos sectores del capital (sobre todo en sectores como el automóvil, que atraviesan una delicada situación porque no venden, no porque no se hayan reestructurado) y que el neoliberalismo haya comenzado a entrar en crisis.

Por tanto, el capital puede contemplar la conveniencia de poner en práctica ciertas políticas de demanda, pero esto no es nuevo, pues ya ocurrió en la década pasada bajo el mandato del ultraliberal Reagan. Entonces, la carrera de armamentos provocó un aumento enorme de los déficits público y exterior de la economía americana, lo que contribuyó a impulsar la actividad económica mundial, siendo una de las causas de la expansión coyuntural de la segunda mitad de los ochenta. Las consecuencias del tal «política de demanda» son de sobra conocidas. Por un lado, no sirvieron para mejorar las condiciones sociales de la población sino que, antes al contrario, discurrieron paralelamente a la reducción de los salarios (hasta el punto de que apareció de forma masiva el fenómeno de los «trabajadores pobres»), a la precarización del empleo y la implantación de la ley de la selva en el mercado de trabajo y al retroceso del estado del bienestar, mostrando que la austeridad puede coexistir perfectamente con cierto tipo de políticas de demanda. Por otro, la agudización de la crisis ecológica que provocó tal política fue considerable, hasta el punto de que el planeta se situó al borde de la desaparición física con la carrera de armamentos. No merece la pena detenerse en esto por sobradamente conocido. Finalmente, los factores que determinaron la crisis económica han continuado presentes, de modo que tales políticas no consiguieron elevar la tasa de beneficio a largo plazo ni han servido para reducir el componente de crisis de demanda que se ha añadido. La actual recesión generalizada y las dificultades por las que atraviesa la mayoría de los países industriales son una muestra de ello.

Ahora podría ocurrir algo similar. Enfrentados a la gravedad de la crisis, los gobiernos podrían adoptar ciertas políticas expansivas. Podrían ser orgías de cemento en planes de infraestructuras, como los diseñados por el gobierno español, autopistas de la información o redes europeas, como las apuntadas en el Libro Blanco de Delors, o vaya a saber Ud que, pero tendrían las mismas características que las que tuvieron las políticas expansivas de la era Reagan. Una de sus condiciones fundamentales es que no fueran contradictorias con la recuperación de la tasa de beneficio, de modo que el deterioro de las condiciones de vida y laborales continuaría. Supondrían un agravamiento de la crisis ecológica, no tanto por la

exportación del modo de producción fordista a otros territorios (la salida de la crisis económica no se encuentra en la «colonización extensiva hacia afuera del modelo de producción fordista agotado», pues tal cosa no haría sino agudizar la competencia, con el consiguiente impacto negativo sobre la tasa de beneficio) como por los efectos que tendría en las propias metrópolis imperialistas. Y tampoco significaría una salida de la crisis económica, pues no irían al núcleo del problema: el aumento de la tasa de explotación y la reducción de la composición orgánica del capital. Así pues, sería una política de demanda coherente con lo que Bowles, Gordon y Weisskopf llaman «nuevo corporatismo»: una política basada en los intereses de las grandes corporaciones y no de la mayoría de la población.

Desde el punto de vista de la izquierda, la conclusión es obvia: no podemos propugnar una política económica expansiva sin más, porque podemos estar trabajando para el Rey de Prusia. Si es esto a lo que se refiere Enric Tello en sus notas, estoy totalmente de acuerdo.

12. El problema debe ser abordado también desde el punto de vista de las corrientes teóricas actuales y las medidas que propugnan, pues solo así podemos ir acotando lo que debemos y lo que no debemos proponer.

El neoliberalismo tiene su fundamentación teórica en la economía neoclásica, que ha sido hegemónica en el mundo desde que Reagan y Thatcher llegaron al poder en los primeros años ochenta. Desde entonces, las recetas neoclásicas se han extendido hasta tal punto que iluminan la política económica y social de la casi totalidad de los gobiernos occidentales y digo casi porque, como veremos inmediatamente, algo se ha movido. Sus elementos fundamentales se podrían sintetizar de la siguiente forma. La economía de mercado es el único sistema eficiente de organización social y si ha entrado en crisis no ha sido porque hubiera aparecido ninguna problema de demanda, sino porque no se dejado que el mercado actuara correctamente. Por un lado, los salarios son superiores a los que garantizan el pleno empleo, el mercado de trabajo es muy rígido, etc. Por otro, el Estado tiene un excesivo peso en la economía, lo que limita el papel que debe desempeñar el mercado. Finalmente, si existe inflación es por culpa de los altos salarios, pero también porque las variables monetarias crecen mas que lo debido. Por tanto, la política económica debe basarse en los siguientes ejes: potenciación del mercado como regulador supremo de la economía, lo que exige la reducción del sector público, las privatizaciones, la desregulación de la economía, etc; política de oferta basada en la reducción de los salarios y la flexibilización del mercado de trabajo; política fiscal basada en la desgravación de las rentas altas y los beneficios del capital, para aumentar el ahorro, y en la reducción de los gastos sociales, para disminuir el déficit público, y el monetarismo, esto es, una política

monetaria restrictiva que mantenga a la economía en un corsé, para que el resto de las políticas funcionen y se reduzca la inflación.

Frente a esta escuela neoclásica, a lo largo de la crisis ha sobrevivido una escuela neokeynesiana. Como los neoclásicos puros, admiten que la economía de mercado es el mejor sistema de organización social y que la crisis tiene su origen en una «shock de oferta», esto es, se sitúan nítidamente en el campo de la burguesía, aunque siempre existen grados y muchos de ellos pueden ser calificados de socialdemócratas. Para ellos, las políticas de oferta son fundamentales pero a diferencia de los neoclásicos no creen que todas las dificultades vengan por la rigidez del mercado de trabajo, de modo que una parte del desempleo se debe a que puede existir una demanda insuficiente. Por tanto, las políticas monetarias y fiscal pueden desempeñar un papel activo, siempre dentro del mantenimiento de los desequilibrios básicos del sistema (inflación, déficit público, déficit exterior) dentro de unos límites razonables. La política monetaria debe conseguir que se reduzcan los tipos de interés para que la inversión se recupere y la actividad económica se expanda. La política fiscal debe promover el mantenimiento de la demanda en lugar de ser fuertemente contractiva como ocurre actualmente. Simplificando sus posturas hasta el extremo podríamos decir que los neokeynesianos proponen una combinación de políticas de oferta y de demanda.

Hay que señalar que las recetas neokeynesianas pueden ser coherentes con la política de austeridad y, de hecho, lo han sido pues, en la práctica, ningún gobierno ha renunciado jamás a gestionar la demanda. La importancia reside en que, fracasadas las recetas neoclásicas, los neokeynesianos se están abriendo camino. Desde el punto de vista teórico, sus artículos comienzan a poblar las revistas teóricas. Desde el punto de vista práctico, la mayoría de los asesores de Clinton son neokeynesianos y también lo son los economistas del grupo de Malinvaud que elaboraron los informes previos al Libro Blanco de Delors. En el primer caso, la recuperación americana tiene mas que ver con un cambio en el ciclo, después de una larga recesión, que con las políticas neokeynesianas y, en el segundo, fracasaron, pues no fueron recogidas prácticamente ninguna de sus propuestas fundamentales. En el futuro pueden convertirse en la base teórica del nuevo corporatismo que he señalado mas arriba.

Para la izquierda, este tipo de políticas expansivas tampoco son de recibo. Desde la perspectiva económica y social, se sitúan en el terreno del mantenimiento del sistema capitalista y lo que buscan es como paliar algunas de sus disfunciones. La solución no está en la puesta en práctica de políticas monetarias y fiscales expansivas que faciliten la reproducción del capital privado, porque este sigue necesitando agredir a las condiciones de vida y laborales de la población (de hecho, los neokeynesianos combinan políticas de demanda con medidas tendentes a aumentar la tasa de explota-

ción). Y desde el punto de vista ecológico, muchas de las críticas que hace Enric Tello a los keynesianos son aplicables completamente, pues no se toman nada en serio la «centralidad de la segunda contradicción» simplemente porque ni siquiera consideran la primera. Otra cosa es que hayan incorporado algunos elementos medioambientales a sus análisis (el Libro Blanco de Delors es una prueba clara de que la burguesía es capaz de integrarlo todo).

Así pues, esta tampoco es la política expansiva que debemos propugnar y hay que tenerlo claro porque tal política puede ser la base de un nuevo reformismo, tanto en terreno social como en el ecológico. Los debates sobre el Libro Blanco de Delors o la influencia que están adquiriendo algunas de las proposiciones de la Economía del Medio Ambiente son una muestra de ello.

13. Hay un tercer grupo de economistas que se reclaman de la herencia de Keynes, pero también de la de Marx, asumiendo ambas en mayor o menor medida según quién sea el autor. Constituyen un grupo muy heterogéneo y entre ellos se puede citar a postkeynesianos de izquierda como Bowles, Gordon y Weisskopf, regulacionistas como Robert Boyer y Lipietz; e incluso al mismo James O'Connor. La riqueza intelectual de este grupo es totalmente coherente con su heterogeneidad, de modo que es muy difícil resumir en estas pocas páginas sus posiciones. Pero, por lo que se refiere a las políticas expansivas, las más interesantes son las de Bowles, Gordon y Weisskopf, por lo que pasare a exponerlas brevemente⁸. Sin embargo, resumir en unas pocas líneas un análisis y unas posiciones políticas tan complejas como las de estos autores es una tarea imposible y, por tanto, lo que sigue debe ser tomado con las debidas precauciones.

La causa de la crisis hay que buscarla en el descenso de la tasa de beneficio y no en la debilidad de la demanda, pero la «política de la oferta», en particular, y la economía neoclásica; en general, han fracasado. Por un lado, han agravado el «despilfarro» que se produce por el lado de la demanda, esto es, sus recetas han terminado situando a la economía americana por debajo de su capacidad productiva. No han comprendido que no es necesario reducir los salarios y el consumo para que aumenten los beneficios y la inversión. En esta crítica se sitúan en la más pura tradición

⁸Bowles, Gordon y Weisskopf. *La economía del despilfarro*, Alianza Universidad, Madrid 1989, y *Tras la economía del despilfarro*, Alianza Universidad, Madrid 1992. Una razón adicional para tratar las posiciones de estos autores es que Enric Tello afirma que las tesis están sólidamente argumentadas por estos autores postkeynesianos, lo que no es correcto porque la propuesta de políticas expansivas ecológicamente sostenibles que se hace en el presente texto y en algún otro anterior es diferente en muchos aspectos sustanciales. Véanse Jesús Albaracín, «Romper la lógica del capital» y Enric Tello, «Romper la lógica del capital y la del productivismo....», mimeografiados.

keynesiana. Por otro, han agudizado el «despilfarro» que se produce por el lado de la oferta. En la raíz de la crisis económica se encuentran el mal uso y la falta de uso socialmente irracionales del trabajo y los demás recursos, de modo que si la economía americana funciona por debajo de sus posibilidades, como dicen los economistas de la oferta, no es por culpa del Estado o los sindicatos, sino por los consumos socialmente irracionales, el derroche de las capacidades humanas disponibles con el racismo y la discriminación sexual, las agresiones al medio ambiente, etc. Todo ello se debe al papel que desempeña el principio de la rentabilidad como criterio rector de la asignación de recursos y en esto se alejan de Keynes, porque hay que «poner en cuestión el principio de que todo lo que genera beneficios tiene sentido».

Por tanto, hay que cuestionar la prioridad absoluta del principio de rentabilidad. Sin embargo, «puesto que aún no existe un movimiento socialista en Estados Unidos que tenga suficiente poder para plantear este reto frontalmente, necesitamos un *programa de transición*» (el subrayado es de estos autores), concebido como un instrumento para la movilización. Este programa debería ser capaz de «estimular el crecimiento económico y, al mismo tiempo, sentar las bases necesarias para adoptar una estrategia socialista que conduzca a la recuperación económica». Por lo que aquí nos interesa, sus medidas fundamentales son las siguientes:

- a) rápido movimiento hacia el pleno empleo mediante el estímulo estatal de la economía, la creación directa de puestos de trabajo por el sector público y la reducción de la jornada laboral;
- b) igualación de salarios mediante la subida de los salarios mínimos y la aplicación del principio de «a igual valor igual salario»;
- c) subidas salariales mediante el fomento del pleno empleo y la revocación de las leyes contrarias a los sindicatos;
- d) el fomento del crecimiento de la productividad, promovido por las subidas salariales y la eliminación de la capacidad ociosa.

Esta última medida es particularmente importante porque sin ella no será posible reducir la jornada laboral y evitar que la tasa de beneficio se vea negativamente afectada. El programa contiene otra serie de medidas democráticas destinadas a «redistribuir el control de la economía» como vía para salir de la crisis.

Según estos autores, esta estrategia podría ser sumamente beneficiosa tanto para los trabajadores, pues los salarios y el empleo aumentarían, como para los capitalistas, porque los beneficios se verían impulsados por el crecimiento de la producción y de la productividad. Por tanto, podría ser tachada de «socialdemócrata de derechas», pero estos autores se defienden de esta acusación con algunos argumentos. Por un lado, la frontera entre lo viable y lo inviable no está grabada en piedra y en la medida en que de lugar a una fuerza progresista amplia se puede ir más allá que el capitalis-

mo. Por otro, implica una dinámica de radicalización, pues el aumento de la productividad sienta las bases para reducir la jornada y elevar el nivel de vida, lo que reduce las divisiones entre los trabajadores y aumenta su poder político, el pleno empleo y las menores desigualdades sociales fortalecen al trabajo frente al capital, etc. El programa no sería todavía un programa socialista, pero los socialistas deberían luchar por él.

14. La crítica de las posiciones resumidas en el punto anterior debe partir de un hecho fundamental: en Estados Unidos, no existen partidos y sindicatos obreros con influencia de masas y, por el contrario, la izquierda es muy minoritaria y se encuentra dividida y a menudo enfrentada entre sí. Una de las tareas prioritarias es poner en pie un movimiento social capaz de enfrentarse al capitalismo y este es uno de los principales objetivos de los autores mencionados. Obviamente, el programa, los métodos de acción, etc, tienen que ser muy diferentes en Europa, en donde existe un movimiento obrero organizado con una larga experiencia, aunque se encuentre en retroceso. Por tanto, no podemos trasladarlos miméticamente al viejo continente.

Aún así, el programa cuenta con algunos atractivos: la búsqueda de la construcción de un bloque político y social que se enfrente al capital, el intento de combinar la mejora de la situación inmediata con una dinámica de radicalización, su carácter de ser un instrumento para la movilización, etc. Pero también tiene algunos inconvenientes serios. Señalaré solamente los que, a mi juicio, tienen más envergadura.

En primer lugar, su objetivo es recuperar una senda de crecimiento fordista, aunque no se diga expresamente. El «crecimiento de la productividad impulsado por los salarios» que proponen no es otra cosa que la búsqueda de una senda de crecimiento económico mayor basada en aumentos de los salarios y la productividad, de modo que no se vea afectada negativamente la tasa de beneficio. No es algo sustancialmente diferente de la «nueva regulación de los salarios y de la demanda» que proponen algunos regulacionistas y por tanto, las críticas son similares a las que se pueden hacer a estos últimos: tal senda es imposible mientras que el capitalismo no haya remontado la onda larga recesiva y ello requiere la recuperación previa de la tasa de beneficio. La austeridad seguirá siendo la estrategia del capital y, en consecuencia, las agresiones a los salarios, al estado del bienestar, a las condiciones laborales, al empleo, etc, continuarán. La mejor forma de hacerlas frente no es, desde luego, tratar de convencer a los trabajadores de que es posible encontrar una senda de crecimiento en la que todos, empresarios y trabajadores, saldremos beneficiados. En definitiva, no preparar a los trabajadores para el inevitable enfrentamiento que se produce al final de las ondas largas recesivas supone desarmarlos frente a las luchas que todavía hay por delante.

En segundo lugar, estos autores no consideran seriamente los problemas derivados de la crisis ecológica. No pasan de ellos pues, de hecho, varias de las 25 medidas que componen la «carta fundamental de los derechos democráticos», contenida en la edición inglesa de *La economía del despilfarro*, abordan el tema ecológico. Pero es verdad la crítica que hace Enric Tello de que la ecología está relegada a una cuestión menor y, sobre todo, que no tienen en cuenta las consecuencias sobre la ecoesfera de una senda de crecimiento fordista. Si dicha senda fuera posible, que como se ha dicho no lo es, sería inevitable la exportación de tecnologías sucias y derrochadoras de recursos y energía. El problema no se resuelve con un cierto ecokeynesianismo porque, por el lado keynesiano, supondría hacer creer que es posible una salida gradual de la crisis económica y, por la vertiente ecologista, que es posible solucionar la crisis ecológica global poco a poco.

Finalmente, en el terreno político, los problemas no son menores. Los objetivos de «reestructurar la economía capitalista», «redistribuir el control de la economía como vía para salir de la crisis», etc deben situarse en la lógica de la puesta en pie del movimiento democrático radical que propugnan los mencionados autores, no en la lógica del socialismo. Por mucho que se trate de profundizar en la democracia, los trabajadores siempre se encontrarán con el hecho de que no es posible reestructurar la economía capitalista ni mucho menos controlarla. Las reivindicaciones democráticas radicales son importantes pero no son suficientes para construir el socialismo. Es insustituible poner en cuestión la explotación de los trabajadores, la opresión de la mujer, la explotación de la naturaleza y, en suma, la lógica del capital en todos los terrenos. Y todo ello para llevar a la conciencia de los trabajadores y la mayoría de la población que es necesario derribar el sistema, no reestructurarlo o controlarlo.

El programa de resistencia y la política expansiva

15. Desde el principio de los años ochenta, la acción de la izquierda sindical se ha basado en lo que entonces se denominó un «programa para la resistencia», cuyos ejes fundamentales eran los siguientes.

En primer lugar, el movimiento obrero debía defenderse de los efectos negativos más inmediatos de la crisis económica y resistir la ofensiva del capital y el gobierno para imponer su salida a la misma. Esto requería: la defensa del poder adquisitivo de los salarios y las pensiones; la defensa intransigente de los puestos de trabajo amenazados; la lucha por plena protección a los parados, contra el empleo precario, las privatizaciones y el desmantelamiento de la seguridad social, y la reivindicación de los derechos de la mujer trabajadora y de los derechos sindicales.

En segundo lugar, el movimiento obrero también debía luchar por imponer su alternativa de salida la crisis económica, combinando la resistencia con aquellos objetivos cuyo cumplimiento supondría una avance sustancial en la resolución de la crisis a favor de los trabajadores. Este era el sentido de reivindicaciones como trabajar menos para trabajar todos, creación pública de empleo, nacionalización de la banca y de los sectores clave de la economía, reforma fiscal radical, negativa a la integración en la CE, etc.

Finalmente, el movimiento obrero no se enfrentaba solo a los efectos de la crisis económica y la política del gobierno, sino también a otras agresiones respecto a las que no puede ser indiferente, por lo que debía politizarse y convertirse en un verdadero movimiento socio-político. Aquí se situaba la lucha por la paz, los derechos de las nacionalidades, la defensa de las libertades, la solidaridad internacionalista, etc.

No es este el lugar adecuado para hacer un balance del papel que desempeñó el programa de resistencia, pero es evidente que, después de mas de una década, debe ser modificado.

En primer lugar, la resistencia en sentido estricto hoy es mucho mas difícil que entonces. La crisis económica se ha desarrollado, la política económica y social de los gobiernos ha avanzado considerablemente y los efectos de ambos sobre el movimiento obrero son mas agudos. Después de la pérdida que se ha producido en el poder adquisitivo de los salarios, el aumento vertiginoso del paro, el retroceso en las condiciones laborales que suponen el empleo precario y la reforma laboral, etc, las trincheras están mucho mas retrasadas. Por decirlo de alguna manera, hemos llevado todas las de perder en la «guerra de posiciones» en que se basaba la resistencia estricta. Esto no quiere decir que no hubiera que haberlo hecho y que no haya que seguir haciéndolo. Significa solo que, en un mundo en el que se han llegado a perder 600.000 puestos de trabajo al año, la defensa de 2.000 puestos amenazados en una empresa es importante, pero ya no es suficiente.

En segundo lugar, la salida de la crisis a favor de los trabajadores hoy aparece mas lejos que nunca. Por un lado, el socialismo, como forma de organización social alternativa al capitalismo, ha perdido terreno en la conciencia de los trabajadores como consecuencia de la incomprendición de la crisis del llamado «socialismo real». Por otro, la ofensiva ideológica neoliberal ha calado no solamente entre amplias capas de trabajadores, sino también entre algunos dirigentes del movimiento obrero, de modo que el mercado y sus reglas aparecen cada vez mas como datos incuestionables a los que hay que plegarse. Además, como se ha visto en puntos anteriores, dada la evolución de la crisis, no es de descartar la aparición de nuevas formas de reformismo (una política económica neokeynesiana, por ejemplo) y, de hecho, ya parecen apuntar por el horizonte (véanse los debates sobre el Libro Blanco de Delors, por ejemplo). Esto exige combatir al neolibera-

lismo y al posible nuevo reformismo en el terreno ideológico y no veo otra forma de hacerlo que combinando la defensa de los intereses inmediatos de los trabajadores con un mensaje de contenido anticapitalista que tome en cuenta la nueva situación. Esto significa que las consignas relativas a la salida de la crisis que figuraban en el programa de resistencia tampoco son suficientes.

En cuarto lugar, durante los años ochenta se combinaron la resistencia y la lucha política en el terreno general. Este es el papel que desempeñaron la lucha por la paz, contra la OTAN, por las libertades, contra la política económica del gobierno socialista que llevó al 14D, etc. Tales luchas constituyeron un «segundo frente» que contribuyó a politizar al movimiento obrero y a enmarcar en él las luchas de resistencia. Dada la situación del movimiento obrero, en particular, y del conjunto de los movimientos sociales, en general, hoy es más necesario que nunca abrir ese «segundo frente».

Finalmente, pero de ninguna manera en último lugar, el programa de resistencia olvidaba los problemas ecológicos casi por completo. Hoy deben ser incorporados tanto en la resistencia en sentido más estricto, como en lo que se refiere a la salida de las crisis económica y ecológica. Ya me he referido en puntos anteriores a este tema y a ellos me remito.

16. La propuesta de una política expansiva ecológicamente sostenible combinada con la reducción de la jornada de trabajo puede solucionar algunos de los problemas que he señalado en el punto anterior. En efecto, la izquierda se encuentra muy debilitada a causa de las consecuencias objetivas que la crisis ha tenido sobre los trabajadores, del retroceso ideológico que han provocado el derrumbe del llamado socialismo real, de la ofensiva neoliberal y de sus propios errores. Cambiar esta situación exige romper la lógica del capital en un doble terreno.

Por un lado, hay que combatir contra las repercusiones prácticas de la crisis y la política neoliberal. Después de 20 años de crisis y política de austeridad, la magnitud de los ataques a los salarios reales y al Estado del bienestar y el intento de introducir la «ley de la selva» en las relaciones laborales muestran que la ofensiva del capital está llegando a las líneas de retaguardia de la clase obrera.

Por otro, también hay que dar la batalla en el terreno ideológico, porque la lógica de la política económica neoliberal ha calado en amplios sectores de trabajadores y de los cuadros del movimiento sindical. Se admite que los salarios tienen parte de responsabilidad en la crisis, que el déficit público es muy elevado y que hay que disminuirlo, que no se puede sostener el Estado del bienestar, que hay que reducir la participación del Estado en la Economía porque será el mercado el que saque de la crisis, etc. En suma, se admite la necesidad de que, en tiempos de crisis, la política de ajuste es

ineludible para remontarla. Romper la lógica del capital exige que la izquierda actúe en ambos terrenos.

En el terreno ideológico, es necesario combatir las ideas perversas que se han instalado en el movimiento obrero y en la sociedad. No hay ninguna posibilidad de salida compartida de la crisis, porque el capital necesita elevar la tasa de beneficio y no tiene otra alternativa que atacar a las condiciones de vida y laborales de la mayor parte de la población. La política de ajuste que propugna el neoliberalismo no es más que el medio para conseguirlo, por lo que debe ser cuestionada en su conjunto. La lógica de la izquierda está en las antípodas de la lógica del capital.

En el terreno objetivo, es preciso hacer frente a las consecuencias que tiene la crisis económica y que puede tener la nueva ofensiva del capital. El paro no se combate con políticas restrictivas de ajuste (reducción de los salarios reales y de los gastos públicos, políticas monetarias rigurosas, flexibilización del mercado de trabajo, etc), porque estas agravan el problema, sino con políticas expansivas y con el reparto del trabajo. La reducción de los déficit públicos no pasa por la disminución de los gastos sociales, sino por una reforma fiscal radical, por la eliminación del fraude fiscal y por la reducción de los gastos militares, de los intereses de la deuda, etc. Cualquier pretendido «realismo» en este terreno supone entrar en la lógica del capital, es decir, jugar en campo contrario y, por tanto, es suicida. Y no hay ninguna posibilidad para una política progresista en el contexto de la Europa del Acta Única y Maastricht, de la competitividad convertida en un objetivo supremo que pretende el neoliberalismo, de la libertad absoluta de los movimientos internacionales del capital, de la especulación financiera, etc.

En el contexto de la crisis económica y de la ofensiva neoliberal, una política como la que se ha descrito chocará con la oposición cerrada del capital y, por tanto, exigirá un cambio en la correlación de fuerzas para imponerla, lo que exige acabar con la parálisis que atenaza al movimiento obrero iniciando el proceso de movilización. Por eso, la demanda de una política expansiva constituye una primera barricada para romper la lógica del capital y hacer comprender a los trabajadores que hay otro tipo de política económica y social más adecuada para la defensa de sus intereses. Frente a la política recesiva y de ajuste que practica el capital, hay que demandar una política expansiva que detenga el vertiginoso crecimiento del paro, el desmantelamiento del Estado del bienestar y el deterioro en las condiciones de vida de la mayor parte de la población. Así pues, frente a la política contractiva, la izquierda debe reclamar una política expansiva, pero esta debe ir en el sentido opuesto a la que puede propugnar el capital. Debe tener, por tanto, unos objetivos claros y nítidos.

Por un lado, la política expansiva debe servir para satisfacer las necesidades de los trabajadores y las capas populares. Se trata de reducir el

paro mediante una política activa de creación de empleo, de reindustrialización de las zonas que, debido a la crisis o a la política del capital, se están convirtiendo en desiertos industriales, de aumentar las prestaciones sociales y, en general, la participación en el PIB de los bienes y servicios colectivos que se prestan fuera del mercado, de afrontar decididamente el problema de la vivienda, etc.

Por otro, la política expansiva debe ser respetuosa con el medio ambiente y no contribuir al deterioro ecológico sino que, antes al contrario, debe ser un instrumento para combatirlo. Hay que partir de la base que lo que contamina no es lo que pueda crecer el PIB o el empleo, sino el nivel del PIB, como se obtiene y a que hábitos de consumo se corresponde. En este sentido, el problema no es la política expansiva, sino la forma de producción y de consumo de las sociedades industriales. Con expansión o con contracción, la solución del problema ecológico no nos lo podemos ahorrar. Por lo demás, no se trata de proponer una expansión «ad infinitum», lo que sería contradictorio con el equilibrio ecológico del planeta o implicaría la explotación creciente del tercer mundo, sino solamente de combatir hoy las consecuencias negativas de la crisis y la ofensiva de la burguesía.

Pero una política expansiva puede agravar la crisis ecológica o contribuir a la lucha contra la misma y se trata de esto último. No es el crecimiento el que contamina, sino como se haga este. Evidentemente, un crecimiento basado en la expansión de la seguridad social, la enseñanza, la sanidad, los servicios públicos colectivos, como el transporte por ejemplo, no solamente no supondría una agresión ecológica, sino que podría contribuir poderosamente a cambiar los hábitos de la sociedad, dando prioridad al consumo en servicios en contra del de mercancías, del consumo de bienes y servicios públicos sobre los privados, etc. De la misma forma, la creación activa de empleo o la reindustrialización de las zonas deprimidas deberán realizarse mediante inversiones respetuosas del medio ambiente y existe un amplísimo catálogo que muestra que ello es posible. Por no hablar de la enorme capacidad de generación de empleo que tendría un sector industrial dedicado a la lucha contra el deterioro del medio ambiente y el despilfarro actual de energía y materias primas.

Nada de lo anterior es posible si la expansión se basa en el capital privado. Se requiere un cambio del papel del Estado en la Economía para que los criterios de la política expansiva no se basen en la rentabilidad privada, sino en la rentabilidad social, entre los que la defensa de la naturaleza debe jugar un papel preeminente. Se trata de hacer que el mercado retroceda progresivamente y su lugar vaya siendo ocupado por la satisfacción directa de las necesidades de la población.

Una política expansiva por si sola, no solucionaría todos los problemas de los trabajadores. Podría paliar el problema del paro, pero nunca acabar

con él definitivamente. Y es que hay que partir del hecho histórico de que, dado el avance tecnológico, el capital no puede dar empleo a todos los trabajadores si se sigue manteniendo la actual jornada laboral. Pero esto plantea algunos problemas.

En primer lugar, en su política de rentabilizar al máximo la gestión de la mano de obra, el capital puede estar interesado en fórmulas de reparto del trabajo con el objetivo de abaratar los costes laborales y precarizar aún más el empleo. Es lo que se pretende con la generalización del contrato a tiempo parcial que propone el gobierno de Felipe González o con algunas reivindicaciones de la patronal francesa que van en la misma dirección. Por eso, la reivindicación debe ser nítida y clara: reducción drástica de la jornada laboral sin reducción de salarios. En caso contrario, la medida no serviría para generar empleo suficiente (los salarios deprimirían la demanda, los aumentos de la productividad derivados de una gestión más flexible de la fuerza de trabajo absorberían en parte el reparto del empleo, etc) y podría suponer un deterioro aún más acusado de las condiciones laborales y un aumento de la segmentación de la clase obrera.

En segundo lugar, tal medida no tiene credibilidad si no se efectúa al menos en el marco de la CE. El capital muy pronto aduciría los efectos negativos que podría tener sobre el empleo por la pérdida de competitividad que provocaría. La CES no está a la altura de las circunstancias que requiere el grado de internacionalización que ha conseguido el capital, pero aún con eso, una campaña sobre la reducción de la jornada laboral es posible y necesaria a nivel europeo.

17. Una política expansiva como la descrita en el punto anterior, combinada con la reducción de la jornada laboral, encontraría muy pronto la hostilidad abierta del capital porque va en el sentido contrario al que el capitalismo necesita para remontar la crisis a su favor. Por un lado, tal política parte de que no es posible una salida compartida de la crisis y, por tanto, sus objetivos fundamentales son la satisfacción de las necesidades de los trabajadores y las capas populares y la lucha contra la crisis ecológica aún a sabiendas que el logro de tales objetivos tendrá unas repercusiones negativas sobre la tasa de beneficio capitalista. Por otro, trata de hacer retroceder el mercado, potenciando los servicios públicos, los bienes de consumo colectivos y, en general el papel del Estado en la economía y de cambiar el criterio actual de rentabilidad privada en favor de la rentabilidad social. En consecuencia, es una propuesta muy distinta a la que realizan los postkeynesianos. Estos buscan una senda de crecimiento mayor basada en el crecimiento de los salarios y la productividad y piensan que esto es posible enfrentándose al capitalismo, pero sin acabar con él. Lo que aquí se propone es una política que sirva para combatir los efectos de la crisis

económica y ecológica y que, al mismo tiempo, sirva para situar a la sociedad en la senda del socialismo.

En efecto, tal política supone ir en contra de la lógica del capital, por lo que estará abocada muy rápidamente al fracaso si no va acompañada de una verdadera batería de medidas anticapitalistas. De no hacerlo así, la agudización de las inflación sería la respuesta de los empresarios al aumento de los salarios y del empleo, la expansión generaría un aumento de las importaciones y un descenso de la exportaciones con el consiguiente agravamiento del saldo de la balanza de pagos, se producirían salidas masivas de capitales en un mundo de libertad absoluta de movimientos de capital, el déficit público se agravaría, etc. Y desde el punto de vista ecológico los problemas no serían menores: el aumento de los salarios y del empleo y el consiguiente aumento del consumo agravarían el problema de los residuos y del despilfarro energético, los empresarios buscarían defender sus beneficios a costa del medio ambiente, etc.

Por todo ello, la propaganda anticapitalista ocupa un lugar fundamental, tanto en el terreno económico y social como en el ecológico y el político. La crítica al GATT, a la Europa de Maastricht y a la forma en que están organizadas las relaciones económicas a escala mundial. La crítica al mercado, como mecanismo de asignación de recursos, y a la competitividad, como criterio supremo que debe regir toda la actividad económica. La necesidad de controlar los movimientos internacionales de capital, de pasar al Estado el sistema financiero, de realizar una reforma fiscal radical, etc. La crítica de los métodos de producción y los hábitos de consumo actuales, la necesidad de una revolución tecnológica verde, etc. La profundización de la democracia en todos los terrenos, como un mecanismo imprescindible para poner en pie el enorme movimiento que se necesita para enfrentarse con el capitalismo. Podemos proponer una política expansiva ecológicamente sostenible y el reparto del empleo pero, si al mismo tiempo no explicamos que tal política la situamos en la perspectiva de construir un mundo mejor, fracasaremos porque nadie nos creerá.

10 de julio de 1994

